

9.

Miscelánea  
Nº 147

RUDIMENTOS DE HISTORIA

Y

BIOGRAFÍA DE CRISTÓBAL COLÓN

POR

EUGENIO ORTEGA

N. dub. II-6/45



---

NOTA — Este Tratado tiene por principal objeto servir de estudio preliminar al de la Historia patria.

---

BOGOTÁ

IMPRENTA Á CARGO DE FERNANDO PONTÓN

1886

## RUDIMENTOS DE HISTORIA.

---

HISTORIA es la relación seguida de acontecimientos importantes que se creen verdaderos.

Según el fondo ó espíritu de la narración, puede dividirse en tres clases: *descriptiva, expositiva ó razonada, y experimental ó filosófica.*

La historia descriptiva refiere simplemente los hechos tales como han sucedido; en la expositiva se hacen reflexiones ó razonamientos más ó menos oportunos y profundos, relativos á los sucesos narrados; y en la filosófica se determinan ó explican las causas, efectos y conexión de los acontecimientos.

Se divide también en *universal y particular, general y especial, antigua, de la edad media, y moderna.*

Es universal cuando trata de todo el género humano, y particular, si se refiere á una parte, como una nación, una ciudad ó un solo hombre.

La general comprende todos los hechos importantes relativos á la entidad á que se refiere, y la especial trata únicamente de asuntos determinados, como la religión, las ciencias, las artes, las costumbres, &c.

La antigua hace relación de sucesos anteriores al año 476, en que cayó el imperio romano de Occidente; la de la edad media, de los posteriores hasta el descubrimiento de América, ó, según varias opiniones, hasta 1453, en que fué tomada Constantinopla por los Turcos; y la moderna, de los posteriores á la edad media hasta nuestros días.

La Historia se denomina *biografía*, si relata la vida de un solo hombre; *autobiografía*, si el que la escribe refiere las ideas y sentimientos propios y los sucesos que han agitado su existencia; *memorias*, si en los acontecimientos ha tenido participación el que los narra, ó han sido presenciados por él; *anales*, si está arreglada por años; y *crónica*, cuando los hechos se narran sencillamente, siguiendo el orden de los tiempos.

\*  
\* \* \*

La Historia tiene la siguiente utilidad:

1º Distrae el espíritu, satisfaciendo el natural deseo de conocer los actos ejecutados por los demás hombres; y preserva de lecturas perniciosas ó estériles;

2º Enseña á calcular el porvenir, poniendo á nuestro servicio gran parte de la

experiencia de la humanidad en el trascurso de los siglos ;

3º Destruye las preocupaciones y nos enseña á ser tolerantes, mostrándonos la diversidad de opiniones y maneras de ser de los hombres y de los pueblos ;

4º Suministra abundantes datos para conocer la naturaleza humana y rectificar ó verificar las doctrinas morales, políticas, sociales y filosóficas ;

5º Nos pone en aptitud de juzgar con imparcialidad y recto criterio los acontecimientos y los hombres, tanto del pasado como del presente ;

6º Nos estimula á conducirnos bien, mostrándonos constantemente en relieve el contraste que hacen las acciones nobles y virtuosas con las indignas ó depravadas ;

7º Nos alecciona para proceder con moderación en la prosperidad y con decoro y dignidad en la desgracia, dándonos á conocer la inestabilidad de los sucesos humanos y la verdadera importancia que éstos tienen ;

8º Demuestra que “la razón de lo presente está en un pasado que no pueden cambiar una batalla, un decreto ni una revolución” ; y que los pueblos empobrecidos y degradados por la ignorancia y la tiranía se redimen gradualmente con la verdad y la justicia, elementos cardinales de la dignidad humana ;

9º Destruye la tendencia á juzgar los actos humanos no tanto por lo que son en sí,

cuanto por el éxito; y á los hombres, más por el brillo que por la rectitud de sus acciones;

10º Hace sentir la necesidad que tienen los pueblos de vigorizarse por el trabajo, la paz y el ejercicio de la libertad, para premunirse de ser víctimas de los ambiciosos;

11º Comprueba que las revoluciones á mano armada muy rara vez han servido para resolver algunos de los problemas que agitan á los pueblos; y que para evitarlas deben dejárseles á éstos otros medios eficaces de defensa, como el sufragio efectivo, la imprenta libre y la verdadera responsabilidad legal de los funcionarios públicos; y

12º Hace ver que, conforme á las leyes del orden moral, el hombre está destinado á luchar constantemente, á perfeccionarse por el trabajo, purificarse por la expiación y ser dichoso por medio del cumplimiento del deber.

De modo que la Historia es una verdadera escuela de enseñanza objetiva, en la cual, de generación en generación, se van acumulando los frutos de la experiencia humana.

\* \* \*

La Historia se apoya en la tradición; en monumentos, ruinas y muebles antiguos; en documentos públicos ó privados; en aseveraciones de testigos, y en consecuencias lógicas de hechos debidamente comprobados.

Se llama *tradición* la noticia de algún

acontecimiento remoto, trasmítida de padres á hijos verbal y sucesivamente. Los mitos ó entidades fabulosas de los primitivos tiempos; las costumbres y usos antiguos, y los dichos y cantos populares, constituyen *datos tradicionales* que, examinados filosóficamente, pueden dar luz respecto de los hechos históricos.

Los monumentos son edificios, montones de piedra, estatuas, sepulcros, subterráneos y cuevas artificiales, é inscripciones en geroglíficos ó en caracteres alfabéticos; y los muebles pueden ser medallas, monedas, armas, utensilios de la vida doméstica, &c

La Historia tiene por auxiliares la *numismática*, que trata de monedas y medallas; la *heráldica*, de los escudos de armas y las divisas; la *filología*, del verdadero sentido de los escritos y palabras; la *geografía* y la *cronología*, por las cuales se saben el lugar y el tiempo en que se han verificado los acontecimientos; y por último, y principalmente, la *crítica*, que enseña á distinguir ó conjeturar lo verdadero, lo probable, lo inverosímil y lo falso, sin que por eso se pueda aspirar á una certeza completa.

\*  
\* \*

La historia filosófica constituye una de las bases cardinales de la filosofía trascendental, como que de aquélla se desprende que en el orden moral existen leyes invariables y armónicas, que demuestran la existencia de un

Supremo Legislador, cuya voluntad, claramente revelada, es que la humanidad progrese y se perfeccione por medio del trabajo, la justicia, la benevolencia y el prudente ejercicio de las facultades físicas, intelectuales y morales.

La *filosofía de la Historia* es la razón de ser de los hechos históricos, fundada en las causas, efectos y conexión de los acontecimientos, ó sea en las leyes naturales á que éstos se hallan subordinados.

Puede ser general ó especial, según se refiera á todos los sucesos de la Historia, ó á algunos de ellos solamente. En el primer caso se denominará *filosofía general de la historia*, y en el segundo recibirá el calificativo correspondiente al orden de hechos de que se trate.

\*  
\* \* \*

Además de los métodos *descriptivo, expositivo y experimental*, determinados por el espíritu de la narración, al escribir la Historia se pueden emplear los siguientes:

El *cronológico*, si se sigue regularmente el curso de los tiempos.

El *sincrónico*, si se combinan y refieren en conjunto los distintos acontecimientos de cada época.

El *geográfico*, si se toman por punto de partida las divisiones políticas.

El *especialista*, impropriamente llamado

*tecnográfico*, si cada materia se trata por separado.

\* \* \*

Se llama *era* el punto fijo desde donde empieza el cómputo de los años en alguna nación. La *era* cristiana fué determinada por el nacimiento de Jesucristo, nacimiento que, según los cálculos más generalmente admitidos, tuvo lugar 4004 años después de la creación del primer hombre: la *egira* de los musulmanes tuvo por origen la huída de Mahoma de la Meca á Medina, verificada el año 622 de la era cristiana.

*Época* es un período de tiempo marcado regularmente por algún suceso notable, como el diluvio, el descubrimiento de América, una revolución, &c.

*Centuria* ó *siglo* es el espacio de cien años; *indicción*, el de quince; *década*, el de diez; *lustro*, el de cinco, y *olimpiada*, el de cuatro. Una vuelta de la tierra al rededor del sol, constituye un *año*; una revolución entera de la luna, un *mes*, y una rotación de la tierra sobre sí misma, un *día*. Éste se divide en 24 horas, de 60 minutos cada una.

Como al principio se contaban los tiempos por generaciones, debe tenerse en cuenta que, conforme á lo reconocido comunmente, tres de éstas corresponden á 100 años.

\* \* \*



La Historia de Colombia, aparte de la puramente indígena, se divide en cuatro épocas: del Descubrimiento y conquista, de la Colonia, de la Independencia y de la República.

La época del Descubrimiento y conquista comprende desde 1499, en que Alonso de Ojeda llegó al cabo de la Vela, hasta el 7 de Abril de 1550, en que se instaló la Real Audiencia de Santafé.

La de la Colonia, desde 1550 hasta el 20 de Julio de 1810, en que se principió la guerra de emancipación.

La de la Independencia, desde el 20 de Julio de 1810 hasta el 7 de Agosto de 1819, en que el ejército republicano triunfó en Boyacá sobre las huestes españolas.

La de la República, desde el 7 de Agosto de 1819, ó, si se quiere, desde el 17 de Diciembre, en que se proclamó la Constitución de Angostura, hasta los tiempos presentes.

La Historia puramente indígena principia el año 1470, con el reinado del Zipa Saguanmachica, y concluye con la muerte de Saquesazipa ó Sajipa, verificada en 1538.

La Historia patria se halla íntimamente relacionada con la de Cristóbal Colón, como que el descubrimiento de América, debido al genio de este grande hombre, ha sido el acontecimiento más importante y más notable para los pueblos del Nuevo Mundo.

# BIOGRAFÍA DE CRISTÓBAL COLÓN.

---

## I

Varias poblaciones se han disputado la cuna de Cristóbal Colón; pero, según lo que él mismo declara en su testamento, á los hijos de Génova es á quienes corresponde la gloria de ser sus compatriotas. Lo que sí se ignora es cuándo nació el que debía immortalizarse el 12 de Octubre de 1492; mas lo admitido generalmente es que fué en el año de 1436. Igualmente faltan datos precisos referentes á los progenitores del grande hombre que "se eleva como un gigante en los límites de la Edad Media y de las edades modernas." Lo probable es que su padre, Domingo Colón, fuera tejedor ó fabricante de lanas, y que después de gozar por cierto tiempo de algunos recursos, se viera obligado á trabajar como simple cardador, casi en estado de indigencia, aun en la época en que le mandaban pequeños auxilios sus tres hijos, Bartolomé, Diego, y especialmente Cristóbal, que era el mayor.

Enviado éste á la Universidad de Pavía, estudió gramática, aritmética, geometría, dibujo, geografía, astronomía, navegación y latín; pero habiéndose separado de ella muy joven, se dedicó á la marina á

los catorce años, principiando por servir de grumete en un buque genovés que cruzaba el Adriático. Militando á los 26 años al servicio del Duque de Anjou, sufrió una derrota, á virtud de la cual se hizo mercader y visitó las islas de la Grecia, de la Jonia y del Asia Menor. Volvió después á empuñar las armas con el famoso corsario Colombo, y en un viaje que hacían juntos, llevando siete buques, se encontraron, frente á las costas de Portugal, con cuatro galeras venecianas que regresaban de Flandes con un rico cargamento. Empeñado un reñido combate, se llegó al abordaje, y se peleó valerosamente desde la mañana hasta la noche, con grandes pérdidas de ambas partes: el buque mandado por Colón luchaba con una enorme galera y fué incendiado junto con ésta, que no pudo desprendérsele; los marineros, asustados, se arrojaron al agua, y Colón, que era buen nadador, consiguió, auxiliándose con un remo, llegar á tierra, á pesar de hallarse dos leguas mar adentro.

Este accidente, que tuvo lugar entre Lisboa y el cabo de San Vicente, influyó notablemente en su destino; pues habiéndose dirigido á dicha ciudad, se estableció en ella, que era punto de reunión de los geógrafos y navegantes de nota y de muchas otras personas que tomaban parte ó se interesaban en los descubrimientos de nuevas tierras, descubrimientos que estaban en boga y eran fomentados ó dirigidos por el Gobierno. Enamorado allí de doña Felipa de Palestrello, contrajo matrimonio con ella, y hubo de ganar la vida haciendo libros de estampas, mapas geográficos y planos náuticos, sin abandonar por eso sus trabajos científicos.

Siguiendo el curso de las discusiones geográficas que se agitaban; habiendo viajado á las costas de Guinea, á las Azores y á la Islandia; reconcentrado en sus propias reflexiones y puesto en comunicación

con el célebre geómetra y astrónomo Pablo del Pozzo Toscanelli, de Florencia, cuyas opiniones ejercieron en las suyas grande influencia, concibió la idea de ir á las Indias por el lado de Occidente, para atraer á la verdadera religión á los pueblos idólatras de la extremidad del Asia, y, con las riquezas que adquiriera, libertar á Jerusalén de la dominación mahometana. De modo que juzgó que podía irse á las Indias, la China y el Japón, ó sea á Catay, la isla de Cipango y demás dominios del gran Kan, espléndidamente descritos por Marco Polo, por una vía opuesta á la que se había seguido hasta entonces.

Como la realización de este concepto satisfacía la necesidad que tenía el comercio de comunicarse más pronta y fácilmente con el país de las especias, era de esperarse un decidido apoyo de las naciones occidentales de Europa, y especialmente del Portugal; pero antes de conseguir el de alguna de ellas, el genio debía sufrir dolorosas pruebas y luchar á brazo partido, durante largos años, contra la miseria, la ignorancia, las preocupaciones, la malevolencia y el ridículo.

Se fundaba Colón en que, siendo esférica la tierra, como estaba ya demostrado, tenía que llegarse á los pueblos del Este por una vía no interrumpida hacia el Occidente, y además, en los siguientes hechos. A cuatrocientas cincuenta leguas del cabo de San Vicente, situado en la punta de los Algarbes, un piloto encontró un pedazo de madera adornado con esculturas, que debía provenir de un continente poco lejano; cerca de la isla Madera habían hallado unos pescadores un poste esculpido y largos bambúes parecidos á los de la India; y en las playas de las Azores se encontraban con frecuencia pinos gigantescos, y un día fueron recogidos dos cadáveres humanos de tipo diferente del europeo.

Las creencias de que adelante de las Canarias se

hallaban algunas otras islas en donde poder hacer escala, y de que la circunferencia del globo terrestre era menor de lo que es en realidad, hicieron que el viaje se estimara mucho menos difícil de lo que se habría considerado al saber que no existían la Atlántida de Platón, la Antilla de los Fenicios, la isla de San Brandano, ni las Afortunadas de los poetas; y que la verdadera distancia, por el Poniente, entre las Azores y el Asia, era doble de la que se había calculado hasta entonces. Por otra parte, dos inventos debían contribuir á la realización de la idea: la brújula, atribuída comunmente á Flavio Gioja, de Amalfi, y el astrolabio, aplicado á la navegación de acuerdo con el concepto de un consejo de sabios reunidos por disposición del Rey de Portugal; pues para lanzarse á la inmensidad desconocida del Océano, á merced de los vientos y las olas, era preciso, por lo menos, poder saber la dirección que se llevara y la distancia que se hubiera recorrido. Y, finalmente, la fe religiosa y las convicciones de Colón eran tan profundas, que llegó á persuadirse de que la idea del descubrimiento le había sido inspirada por el Espíritu Santo: así fué que formó la incontrastable determinación de realizarla á todo trance.

Según el retrato que de él se hace, con referencia á la época de que nos ocupamos, era de elevada estatura, robusto y de noble presencia; tenía la cara larga, la nariz aguileña, los pómulos salientes, los ojos claros y llenos de fuego, y la tez viva y salpicada de algunas pecas.

## II

Habiendo obtenido una audiencia del Rey Juan II de Portugal, éste encomendó el examen del proyecto á una comisión de cosmógrafos, quienes calificaron la idea de extravagante y quimérica. Sin em-

bargo, se verificó una nueva junta de las personas instruídas del Reino, y aunque públicamente se hizo pasar á Colón por impostor y aventurero, es de suponerse que hubo quien juzgara el proyecto realizable, puesto que el Monarca, al mismo tiempo que negaba al Genovés el apoyo que le pedía, enviaba una carabela á que realizara la empresa. Mas como aquélla hubiera regresado á los pocos días sin haber obtenido éxito alguno, el Rey quiso, en vano, entenderse nuevamente con Colón, quien, irritado por la indigna conducta observada con él, resolvió abandonar la Corte; y, en consecuencia, á fines de 1484 salió secretamente de Lisboa, en compañía de su pequeño hijo Diego, habido en el matrimonio con doña Felipa, la cual había muerto yá.

Desechadas también por Génova sus proposiciones, se dirigió á España, y en los últimos días de 1485 ó los primeros de 1486, llegó á pie al monasterio de Santa María de la Rábida á pedir pan y abrigo para él y su compañero, que apenas tenía diez años.

Fray Juan Pérez de Marchena, que era el Prior, aplaudió su pensamiento y, en tal virtud, le dió una carta de recomendación para Fernando de Talavera, confesor de la Reina Isabel, y se encargó de Diego mientras el padre iba á Córdoba en solicitud de los Reyes españoles.

Éstos se preparaban para invadir el Reino de Granada, ocupado por los Moros; y Talavera, lejos de apoyar á su recomendado, lo juzgó maniático y apenas se dignó recibirlo.

Para continuar luchando con las dificultades que constantemente se le presentaban, Colón hubo de ganar otra vez la vida haciendo mapas, y procuró relacionarse con algunos de los personajes más importantes del Reino, hasta que, apoyado por Alonso de Quintanilla, Luis de Santo Angelo, el Nuncio

Antonio Geraldini y el gran Cardenal, Arzobispo de Toledo, Pedro González de Mendoza, obtuvo que se le diera una audiencia real.

Isabel y Fernando acogieron favorablemente el proyecto y lo sometieron á la consideración de un Consejo de astrónomos, cosmógrafos y teólogos, quienes, reunidos en Salamanca, fallaron en contra; pero el asunto no quedó resuelto definitivamente, y Colón siguió tras de la Corte en la campaña contra los Moros, esperanzado en que, á la conclusión de la guerra ó en alguna tregua, el proyecto sería reconsiderado con mejor éxito. Además, en 1489 envió á Inglaterra á su hermano Bartolomé, para que explorase el ánimo de Enrique VII, el cual, aunque contestó con buenas palabras, parece que no le dió asentimiento á la idea.

En el invierno de 1491, por el cual se había interrumpido la campaña, se reunió en Sevilla un nuevo Consejo de teólogos, que decidió en contra del proyecto, por estimarlo opuesto á varios textos sagrados; sin que hubieran bastado los esfuerzos con que lo sostuvieron varios dominicanos de Salamanca, especialmente Fray Diego de la Doza (ó Deza). Pero éste y los demás amigos que Colón tenía en la Corte consiguieron que todavía quedara aplazado el asunto. Sin embargo, el estigma estaba lanzado, y el *hereje, loco y aventurero* genovés quedaba entregado al odio y al escarnio de la insaciable malevolencia pública.

Se encontró entonces Colón en uno de esos momentos de la vida en que el entusiasmo desaparece bruscamente para dar cabida al desaliento, y el despecho se revela con una convulsiva carcajada. Pero por fortuna, la tranquilidad y el vigor de su espíritu se restablecieron gradualmente, debido, sobre todo, al tierno afecto de doña Beatriz Enriquez, noble

dama cordobesa y madre de Fernando, segundo y último hijo de Colón.

Hubiera querido éste abandonar á España; pero retenido por dobles vínculos de cariño, determinó agotar en ella todos los recursos imaginables para obtener buen resultado. Dirigióse, por tanto, al Duque de Medina Sidonia, y después al de Medinaceli, que antes le había hospedado benévolamente; mas el primero, que al principio se deslumbró con el proyecto, lo desechó luego como un delirio; y el segundo lo halló demasiado vasto para ser fomentado por un súbdito, y se limitó á prestarle apoyo ante la Corte.

Irritado de andar de repulsa en repulsa, resolvió pasar á Francia á entenderse con el Rey Carlos. Mas habiendo intervenido nuevamente Fray Pérez de Marchena, fué llamado por doña Isabel, quien, con gran delicadeza, le entregó en secreto veinte mil maravedís para que pudiera presentarse decentemente en la Corte.

Al fin se aceptó el proyecto; pero fueron rechazadas las bases del arreglo que, para llevarlo á cabo, proponía Colón. La primera de ellas, consistente en que se le nombrara Almirante y Virrey de todos los países que descubriese, no pudo menos de ofender el orgullo castellano, exacerbado por el completo triunfo obtenido recientemente sobre los Moros, después de ocho siglos de constante batallar. No queriendo el Genovés hacer concesión alguna en cuanto á dicho punto, nuevamente resolvió partir para Francia, como en efecto lo hizo á principios de Febrero de 1492.

Impulsada por Luis de Santo Angelo y la Marquesa de Moya, y poseída de gran celo religioso, Isabel, á pesar de la conducta indiferente de Fernando, manifestó que tomaba la empresa para su corona



de Castilla, y que empeñaría sus joyas para conseguir el dinero necesario.

Inmediatamente fué llamado Colón, que se hallaba ya á dos leguas de Granada, y el 17 de Abril de 1492 se firmó el tratado siguiente:

“1º Colón tendrá para sí y sus sucesores el grado de Almirante en todos los países que descubra en el Océano, con los honores y las prerrogativas de grande Almirante de Castilla; 2º Será Virrey de los susodichos países; 3º Tendrá derecho á la décima parte de todas las perlas, piedras finas, oro &c. que se encuentren, compren, permuten, &c.; 4º Él ó su Lugar-Teniente serán los únicos jueces de las disputas en materia de comercio; 5º Se le permitirá, ahora ó después, anticipar la octava parte de los gastos, compensándole con la octava parte de los beneficios; y 6º Él y sus herederos están autorizados para llevar el título de *Don*.”

### III

Para el armamento y partida de la expedición se destinó el puerto de Palos, cuyos habitantes, en castigo de un motín, habían sido condenados á suministrar anualmente á la corona dos carabelas armadas, que esta vez fueron destinadas á la empresa. No obstante los esfuerzos de las autoridades, aquéllos presentaron grandes resistencias, hasta que Fray Pérez de Marchena no solamente los calmó, sino que decidió á Martín Alonso Pinzón, intrépido y rico navegante, á comprometerse en la empresa con sus bienes, como lo hizo, preparando al efecto el tercer buque, previo arreglo con Colón.

En la mañana del 3 de Agosto, una débil flotilla, con noventa hombres á bordo, se lanzó á buscar lo desconocido en medio de las brumas y tempestades del Océano. Las tres carabelas, llamadas la “Santa

María," la "Niña" y la "Pinta," eran mandadas respectivamente, por Colón, por Martín Alonso Pinzón y por Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón, hermanos de Alonso.

Desde el principio del viaje, Colón llevó un diario minucioso de los principales acontecimientos, de los cuales enunciaremos algunos en seguida.

Roto el timón de la "Pinta" el 6 de Agosto, se creyó que lo había sido intencionalmente por Gómez Bascón, sugestionado por el dueño de la carabela; y los marineros murmuraron, considerando dicho accidente como un mal pronóstico.

El 9 se detuvo la expedición en la Gomera para reparar los buques, y permaneció allí hasta el 6 de Septiembre. Mientras tanto, la llama y el humo del volcán de Tenerife asustaron á los tripulantes; pero Colón les explicó el fenómeno, y acabaron de reanimarse al asegurarles varios españoles de la isla de Hierro que todos los años distinguían una tierra al Occidente.

Desde el 9 de Septiembre resolvió Colón decirles á sus compañeros que se había andado menos camino del verdaderamente recorrido, para que no se asustaran demasiado pronto; pero el 13 no pudo menos de alarmarse él mismo, al notar que la aguja se desviaba hacia el Oeste, y el 17 los pilotos pali-decieron de espanto al ver que la desviación alcanzaba á doce grados.

La tripulación murmuraba por lo constante de los vientos del Este, que le hacía creer que no volvería á haber corrientes en dirección contraria, para poder volver á España; pero luego vió que no era así, por haber soplado transitoriamente los vientos del Oeste.

El 25 creyeron ver tierra, á virtud de un fenómeno de óptica, ocasionado por la niebla en el hori-

zonte, la que fué disipada prontamente por los rayos solares.

El 1º de Octubre, hallándose yá á 707 leguas de las Canarias, los marineros se aterraron á pesar de haberles ocultado Colón la verdadera distancia, diciéndoles que era de 578 leguas.

El 10, los marineros, desanimados, se resisten á seguir; pero Colón los alienta como mejor puede, y concluye diciéndoles: "Por lo demás, vuestros lamentos ni hacen ni deshacen; me he puesto en marcha para ir á la India, y seguiré hasta encontrarla, mediante Dios." Sin embargo, es de advertirse que, según Oviedo, Colón pidió un plazo de tres días más, al cabo de los cuales debería acceder á las exigencias de la tripulación, en caso de no hallar la anhelada tierra.

El 11, la proximidad de la tierra fué anunciada por varios objetos, tales como un junco verde, una caña y un palo con labor. Por la noche, Colón vió una luz, y aunque no se atrevió á asegurar que hubiese ya tierra, dió orden de que se navegara con cautela.

A las dos de la madrugada del 12, la "Pinta," que iba adelante, anunció con un cañonazo el grito de ¡Tierra! ¡Tierra! dado por Rodrigo de Triana (ó Triena); y "á los primeros rayos del alba, la joven América, desenvolviéndose del manto azul bajo el cual dormía, presentó sus verdes playas á los ojos de los Españoles. Colón, de rodillas, y como hundido en éxtasis sublime, saludó con un cántico sagrado al Nuevo Mundo."

A las doce del día, el *Almirante*, vestido con un hermoso traje de terciopelo color de escarlata, y enarbolando la cruz y el estandarte de Castilla, desembarcó en la isla de Guanhaní, llamada por él San Salvador, y, en nombre de los Reyes de España, tomó solemne posesión de ella, según lo hizo cons-

tar en la respectiva acta de la ceremonia. "Los Indios, desnudos é indefensos, bailaban y saltaban al rededor de los extranjeros, tomándolos por hijos de los dioses, y sin imaginarse los infelices que aquellos hombres de hierro muy pronto extinguirían su raza."

A virtud de las noticias que le fueron dadas, Colón volvió á embarcarse en busca de las regiones del oro y de las especias, como también de los dominios del gran Kan, pues no dudaba hallarse cerca de los países del Oriente, visitados por Marco Polo, y tanto menos, cuanto encontraba semejanza en los nombres de aquéllos con algunos de los que les oía mencionar á los naturales: así fué que hasta llegó á enviarle al Rey de los Reyes, mensajeros que se internaron en la isla de Cuba, sin obtener dato alguno de su existencia. Para halagar á los habitantes de los diversos puntos á que llegó, los trataba afablemente y les regalaba gorros, cuentas y otras bujerías que ellos recibían con gran contento, dando á su vez de lo que poseían, inclusive algunas cantidades del precioso metal.

El 21 de Noviembre, Alonso Pinzón le causó al Almirante una gran contrariedad, yéndose con la "Pinta" á expedicionar por su propia cuenta, y el 25 de Diciembre la "Santa María" se hizo pedazos por la impericia de un novicio á quien el piloto había confiado el timón, á pesar de habersele prohibido expresamente. Por fortuna, todo el cargamento se salvó, gracias al oportuno y eficaz auxilio del Cacique Guacanagari, quien, además, se presentó el día siguiente á consolar á Colón y á ofrecerle todas sus riquezas, obsequiándole, al mismo tiempo, con una colación compuesta de pan, cangrejos, pescado, raíces y frutas.

Reducido á un solo buque, se dispuso Colón á regresar á Europa, dejando establecidos en la Espa-

ñola á treinta y nueve de sus compañeros, bajo las órdenes de Rodrigo de Escobedo, con cargo de conseguir oro por medio de permutas y descubrir la mina y las especias; y al efecto, hizo construir un fuerte y les dió provisiones para más de un año.

El 3 de Enero salió del puerto, después de haberse despedido solemnemente de los Caciques y Colonos, y el 6 se le unió nuevamente la "Pinta," que no había hecho sino costear la Española, y en la cual el servicio se había desmoralizado en extremo. El Almirante aparentó darse por satisfecho con las malas razones con que quiso disculparse Alonso Pinzón, sin que por eso dejara de manifestar el más vivo deseo de verse libre de los "pícaros que lo rodeaban."

Habiendo fondeado en el puerto de la bahía de Samaná, que queda en la extremidad de la isla, los Españoles entablaron con los naturales relaciones, que al principio fueron excelentes, pero que luégo se modificaron repentinamente, hasta el punto de que el día 13 hubo un combate en que, á pesar del menor número, los primeros vencieron, á los pocos minutos, debido á la superioridad de sus armas. Desde entonces quedó inaugurada la éra de sangre, que acaso no ha concluído todavía para la desgraciada raza indígena.

El 16 de Enero se comenzó realmente el viaje de regreso, con diez indios á bordo. La travesía fué rápida y feliz hasta el 12 ó 13 de Febrero, en que las carabelas fueron sorprendidas por una horrible tempestad, que duró tres días. La tripulación hizo varias promesas devotas, y el Almirante escribió rápidamente el resumen de sus viajes en un pergamino, en el cual rogaba al que lo encontrara que lo pusiera en manos de los Monarcas españoles; envolvió el documento en una tela encerada, y lo colocó dentro de un barril que arrojó al Océano, espe-

ranzado en que este mensajero gigantesto conduciría á las playas del mundo civilizado el glorioso título de su inmortal descubrimiento.

Habiendo calmado la borrasca, la tripulación arribó á las Azores, en donde desembarcó la mitad para dar cumplimiento á sus votos. El Gobernador Castañeda, agente del Rey de Portugal, quiso apoderarse de Colón; pero éste consiguió salvarse y hacerse nuevamente á la vela, el 23 de Febrero. Perseguidos otra vez por la tempestad, los navegantes hicieron nuevos votos, y la "Niña" se vió obligada á dar fondo en las desembocaduras del Tajo, mientras la "Pinta" era arrastrada por los vientos hasta el golfo de Gascuña.

Colón fué bien recibido por los Portugueses; pero anhelando llegar pronto á España, se embarcó apenas hizo buen tiempo. El 15 de Marzo consiguió anclar en el puerto de Palos; de modo que gastó siete meses doce días en su primer viaje, en el cual descubrió el archipiélago de las Lucayas y las islas de Cuba y Santo Domingo ó Haití, llamada entonces la Española.

El mismo día arribó al puerto Alonso Pinzón, quien poco tiempo después murió avergonzado por la aparición del Almirante, pues creyendo que éste había naufragado, desde Gascuña les había dirigido á los Reyes una carta en que se atribuía á sí sólo toda la gloria de la expedición.

El hombre que antes había sido colocado en la picota del escarnio, era ahora conducido en triunfo hasta el trono de los soberanos. Éstos lo recibieron pomposamente en Barcelona, lo hicieron sentar delante de ellos, y después de hacer Colón una relación de su maravilloso viaje, concluyó la ceremonia con un *Te Deum*, cantado en coro por toda la asamblea. Se le concedió libre entrada á palacio, y que las

armas reales figuraran en su escudo con este mote :  
“A Castilla y á León, Nuevo Mundo dió Colón.”

Mayores honores habrían sido pocos todavía, como que al vigor y elevación de su espíritu, ó, mejor dicho, á su gran carácter, se debía principalmente uno de los triunfos más espléndidos de la verdad, y el que en la Historia haya quedado consignado, de una manera indeleble, de cuánto es capaz la inteligencia humana, servida por una voluntad perseverante y firme !

Aunque debió deslumbrarse por el repentino brillo de su gloria, se consideró honrado con la amistad de Fray Pérez de Marchena, y reconoció la importancia del apoyo que le había prestado Diego de la Doza, Obispo de Palencia posteriormente.

#### IV

El entusiasmo despertado por el relato del Almirante hubo de aumentarse con la siguiente declaratoria: “Mi primer viaje no fué más que una especie de excursión; pero ofrezco á Vuestras Altezas darles todo el oro que necesiten, por débiles que sean los auxilios que me presten; y especias y algodón y goma, como no se han encontrado hasta ahora sino en la isla de Chío, y que el gran señor vende al precio que más le agrada; y aloe y esclavos á medida del deseo.” La opinión pública se mostró impaciente porque pronto se llevara á cabo una segunda expedición; y centenares de personas quisieron formar parte de ella, tanto por considerarlo honroso, cuanto estimulados por el deseo de recoger el oro que despreciaban los salvajes. Además, el sentimiento religioso y el espíritu aventurero y caballeresco de la Edad Media, que aún caracterizaban al pueblo español, requerían un nuevo campo de acción, por haber concluído la lucha con los Moros.

Pronto estuvieron preparados tres buques y catorce carabelas, con todo lo que se juzgó conveniente trasportar; y los empleados del Gobierno recibieron orden de darle á Colón cuanto pidiera; pero éste, en medio del afán que lo dominaba, tuvo que luchar más de una vez con el odio que le profesaba el monje Juan Rodríguez de Fonseca, quien fué para él una de esas figuras siniestras que, cual encarnación del genio del mal, suelen atravesarse en el camino de la vida.

La expedición, compuesta de más de mil quinientos hombres, salió del puerto de Cadiz el 25 de Septiembre de 1493, y después de hacer una travesía feliz, descubrió varias islas, algunas habitadas por caribes, y una por mujeres solamente. Hallándose delante de la de Santa Cruz, llegó una canoa con ocho hombres y otras tantas mujeres, quienes la atacaron vigorosamente con saetas de hierro envenenadas, y continuaron desde entre el agua el disparo de flechas luégo que se les echó á pique la embarcación. Eran mandados por una mujer que iba con su hijo, y se mostraron feroces y terribles aun después de haber sido aprisionados.

Emprendida la marcha nuevamente, el Almirante se dirigió hacia el Norte; atravesó el archipiélago de las Once mil Vírgenes; descubrió la isla de Puerto Rico; y el 12 de Noviembre arribó á la Española, en donde en vano buscó á los 39 compañeros que allí había dejado; pues, según los informes de Guacanagari, fueron totalmente asesinados por otros Caciques. Menos desgraciada fué la suerte de los indígenas llevados por Colón á Europa, pues aunque murieron dos y tres quedaron enfermos en España, los cinco restantes fueron restituidos en este viaje á su patria.

Convencido el Almirante de que la isla abundaba en ricas minas de oro, resolvió fundar una nueva



colonia; y al efecto, en la embocadura de un río que formaba un puerto, echó los cimientos de la ciudad á que dió el nombre de Isabela. Luégo envió á España el oro recogido y algunos otros productos de la isla; dejó á Domingo, su hermano, de Gobernador, y partió con quinientos hombres á visitar las minas de Cibao, de las cuales hablaban constantemente los naturales.

Después de atravesar una fértil comarca en que se producían aromas y especias, y el trigo daba dos abundantes cosechas al año, llegó á la provincia á que se dirigía; y allí, en una colina situada á la orilla de un gran río, construyó un fuerte á que dió el nombre de Santo Tomás, para burlarse de algunos oficiales que no creían en la existencia de las minas de oro, á pesar de las pepitas y granos que de todas partes traían los indígenas.

Encargada la custodia del fuerte á cincuenta y seis hombres, mandados por Pedro de Margarita, Colón regresó á la Isabela, y allí tuvo la pena de encontrar la colonia en lamentable estado, ocasionado por las enfermedades y la escasez de provisiones.

Los nobles, apoyados por el clero, se negaron á trabajar, y el Almirante puso la Iglesia en entredicho; pero la energía sola no le bastaba para gobernar bien, y menos en medio de los elementos que le rodeaban; de modo que no pudo conseguir siquiera que se respetaran los derechos de los indígenas, como era indispensable para civilizarlos verdaderamente y para evitar que, á su turno, hostilizaran á los europeos, en momentos en que su auxilio habría podido aliviarlos notablemente.

No es de extrañarse que Colón careciera de dotes administrativas. En primer lugar, porque las personas como él, que por mucho tiempo reconcentran el pensamiento en determinado orden de ideas, se abstraen de las realidades de la vida, en lo que esté

fuera del radio de acción determinado por el asunto á que han concretado su actividad intelectual; y además, porque en virtud de la ley de equilibrio ó armonía social, llamada comunmente "de las compensaciones," no ha existido hombre alguno con cualidades y aptitudes para todo; y lo más frecuente es que cada individuo no sirva bien sino para una determinada especialidad: así es que con frecuencia hombres notables como guerreros, oradores, literatos, jurisconsultos, &c. se muestran incompetentes para gobernar convenientemente.

Habiéndose verificado una ligera calma, el Almirante formó un Consejo de gobierno de la isla, compuesto de tres oficiales y el jefe de los misioneros, bajo la presidencia de don Diego; y el 24 de Abril de 1494 se hizo á la vela á ensanchar sus descubrimientos, llevando las tres embarcaciones que no habían regresado á Europa.

La flotilla se dirigió al Sur, y pronto llegó á la isla de Jamaica, cuyos habitantes parecían ingeniosos y muy dados á las artes mecánicas, pero de carácter poco pacífico. De allí siguió hacia el Occidente, juzgando Colón que iba á reconocer el áureo Queroneso de los geógrafos antiguos, situado en la extremidad de Asia; recorrió las costas de Cuba en una extensión de doscientas veintidós leguas; reconoció gran número de puertos, y frecuentemente se puso en relaciones con los indígenas.

Hallándose el 7 de Junio en la playa celebrando una misa solemne, se presentó un Cacique anciano, y después de concluída la ceremonia, le ofreció algunos frutos á Colón, y le dijo:

"No sabemos si sois hombres ó dioses; pero manifestáis tal poder, que sería una locura resistiros, aunque quisiéramos hacerlo. Estamos, pues, á vuestra disposición; pero si sois dioses, aceptaréis nuestros dones y nos seréis propicios: si sois hombres

como nosotros, sujetos á la muerte, debéis saber que, después de ésta, hay otra vida, que es diferente para los buenos y para los malos. Si esperáis morir algún día, y creéis en una vida futura donde cada uno será tratado según obró en la presente, no haréis mal á quien no lo hace á vosotros."

El Almirante no podría menos de quedar sorprendido con la sabiduría y elocuencia de estas palabras; mas, por desgracia, ellas fueron insuficientes para que los conquistadores les reconocieran á los infelices indígenas el derecho á que se les tratara como á los demás miembros de la familia humana.

El mal estado de las embarcaciones impidió á Colón continuar su rumbo y persuadirse de que Cuba era simplemente una isla; así fué que el 12 de Junio hizo constar de una manera auténtica, por medio de una acta solemne, firmada por toda la tripulación, que dicha isla era el continente ó la tierra firme que buscaba; de lo cual provino el nombre de Indias occidentales dado al Nuevo Mundo.

Habiendo enfermado el Almirante, regresó á la Isabela, en donde se necesitaba imperiosamente su presencia, no obstante haber llegado su hermano Bartolomé, hombre inteligente y de ánimo fuerte, con algunos recursos para la colonia.

El Gobernador del fuerte de Santo Tomás, de acuerdo con el padre Boyle, primer misionero, había desconocido la Junta de Gobierno, y después de ocasionar con sus depredaciones la insurrección de los naturales, se embarcó con los descontentos en uno de los buques que había traído Bartolomé, é hizo rumbo á España. Allí fué apoyado con sus compañeros por fray Rodríguez de Fonseca, que estaba encargado de la dirección de los descubrimientos; pero habiendo llegado inesperadamente Diego Colón, desconcertó los planes de aquéllos con las maravillosas relaciones del último viaje de su

hermano; así fué que creyéndose que al fin había llegado éste á las costas de Asia, Fernando se contentó con enviar un comisionado que examinase el estado de la colonia.

Luégo que Colón hubo recobrado la salud, mandó nueve hombres bien armados á que apresaran al temible Caonabo. El jefe de la partida, que era Alonso de Ojeda, sacó al Cacique de en medio de los suyos y lo condujo á la Isabela, donde se le embarcó para España en un buque que naufragó en el tránsito.

Tal procedimiento exacerbó más los ánimos; por lo cual los indígenas reunieron un ejército tan numeroso, que se calculó alcanzaba á cien mil combatientes. En consecuencia, el Almirante, acompañado de don Bartolomé y del Cacique Guacanagari, marchó contra los insurrectos, quienes fueron derrotados por un simple destacamento, compuesto de doscientos infantes, veinticinco perros y otros tantos caballos; triunfó que se explica por la disciplina y superioridad de armas de los europeos; por los terribles auxiliares que tenían en los mastines de presa; por el terror que les inspiraba á los indígenas la vista de los caballos, y, finalmente, por la creencia de que los extranjeros eran hijos de los dioses y acaso invulnerables, como hasta cierto punto lo eran contra las armas de aquéllos, por los escudos y armaduras de hierro con que se defendían.

La victoria restableció algún tanto la autoridad del Almirante; pero la rebelión, que no estaba extinguida todavía, hubo de avivarse con un tributo que éste impuso á los naturales, y á la voz de Anacaona, viuda de Caonabo, se verificó una nueva sublevación. En ésta tomó parte Guacanagari, bien fuera movido por el ejemplo de una mujer, ó bien convencido yá de que el cariño por Colón no debía

cegarlo hasta el punto de hacer traición á sus hermanos y á su patria.

Los insurrectos destruyeron las plantaciones y huyeron á las montañas; y los españoles, hambreados, persiguieron cruelmente á los que se habían atrevido á defender sus derechos. Se había entrado, pues, de lleno en el camino de la violencia, del cual era tanto más difícil retroceder, cuanto para los fuertes, la dignidad del débil mereció siempre castigos ejemplares. Las enfermedades y el hambre completaron la obra de destrucción, hasta el punto de que, en menos de cuatro años, pereció una tercera parte de la población indígena, que era muy numerosa.

Entre tanto, los cargos á Colón habían tomado tal incremento en la Corte, que el Rey comisionó, para que averiguara la verdad, á Juan de Aguado, quien, por estar prevenido contra el Almirante, no era á propósito para dicho objeto.

Colón, después de tomar las providencias que estimó convenientes respecto á unas nuevas minas de oro que se habían descubierto, partió para España, el 10 de Marzo de 1496, á explicar su conducta; y á fin de ir con el comisionado, le suministró una carabela, por haberse echado á pique los navíos con que éste había llegado á la Española. El 10 de Abril tocó en la isla de Guadalupe, en la cual sostuvo contra los naturales un combate bastante empeñado; de allí salió el día 20; y el 11 de Junio llegó al puerto de Cádiz, después de haber tenido que luchar con vientos contrarios durante gran parte de la travesía.

El recibimiento que se le hizo fué bien diferente del primero, á pesar de la diversidad de ricos productos que esta vez llevó consigo, y de haber hecho nuevos descubrimientos, más ó menos importantes, como los de las islas de Guadalupe, Puerto Rico y Jamai-

ca. El éxito no había correspondido á las exageradas ilusiones y esperanzas de los que lo acompañaron en su segundo viaje, y las minas producían menos de lo que costaba elaborarlas. Sin embargo conservaba el favor de Isabel, bien fuera porque ésta juzgara los hechos con más acierto que los demás, ó bien porque se preocupara menos de los intereses materiales que de la conversión de los gentiles.

En esa época fué cuando, hallándose con algunas personas que le negaban el mérito de sus descubrimientos, les propuso que colocaran un huevo en equilibrio, por una de sus extremidades; y después de que declararon que no podían hacerlo, le rompió un poco la cáscara y lo colocó sobre la parte rota, para demostrarles que hay actos que, ejecutados una vez, se hacen triviales; habiendo sido antes un verdadero problema que no todos podían resolver.

## V

Habiéndose resuelto que el Almirante organizara una nueva expedición, con el concurso del Gobierno, se tropezó con la desconfianza general, el mal estado del Tesoro público y la guerra que le hacían á Colón sus enemigos, entre los cuales Rodríguez Fonseca continuaba figurando en primera línea. Sin embargo, la flotilla, compuesta de seis naves, se hizo á la vela, desde el puerto de Sanlúcar, el 30 de Mayo de 1498. La tripulación era reducida, á pesar de haber conseguido el Almirante que á varios criminales se les conmutara la pena por deportación, para incorporarlos en aquélla; medida que entonces fué funesta y que, empleada más tarde con prudencia por los Ingleses, ha producido el feliz resultado de regenerar por medio del trabajo.

En la isla de Madera despachó Colón directamente para la Española tres buques, en los cuales probablemente venían los médicos y mujeres que hacían parte de la expedición y que fueron los primeros que acompañaron á los conquistadores; y él con las embarcaciones restantes se dirigió hacia el Ecuador, movido por su espíritu de exploración ó por los vagos rumores que corrían de que al Sur había tierras más ricas que las descubiertas.

Después de sufrir grandes calamidades y horribles calores, llegó el 31 de Julio al golfo de Paria y descubrió la isla que llamó Trinidad, situada al extremo Noroeste de la América meridional, poco distante de la costa; y el día siguiente, á cinco leguas de aquélla, anclaron los buques cerca de la punta de Alcatraz y desembarcaron algunos marinos á proveerse de agua y leña. Habiéndose hecho nuevamente á la vela el 2 de Agosto, descubrió Colón las playas de Venezuela, en el delta del Orinoco, á las cuales dió el nombre de Gracia, considerándolas como una isla simplemente, y sin advertir que ese día fué cuando en realidad llegó al continente americano. No obstante, debe tenerse en cuenta que creía estar en las costas asiáticas, una vez que admitía que la masa de agua dulce que había encontrado, podía provenir de la fuente del Paraíso terrenal, "origen de los cuatro principales ríos." De modo que sí sospechó que el inmenso Orinoco provenía de tierra firme.

Navegando hacia el Norte, reconoció varios cabos y puertos; fondeó al Oeste de la punta de Cumaná, donde fué muy bien acogido por sus numerosos habitantes, y se informó de que más allá de la punta de Alcatraz se recogían oro y perlas en abundancia.

No habiendo en aquella parte de la costa punto de abrigo para los buques, y hallándose la tripula-

ción fatigada y él enfermo de gota y de los ojos, resolvió dirigirse á la Isabela. En el tránsito recorrió parte del litoral de Venezuela y descubrió las islas de Tabago, Granada, Santa Margarita y Cubaga; y en esta última, en la cual tenían establecida los indígenas una pesquería de perlas, obtuvo gran cantidad de ellas, en cambio de cascabeles y joyuelas.

Llegó á la Colonia oportunamente para calmar la sublevación que fermentaba contra sus hermanos y que era ocasionada, ya por los holgazanes é ignorantes hidalgos que en ella había, ya por los criminales deportados, y ya, en fin, por ser natural que el sentimiento nacional y el espíritu altivo de los españoles se ofendieran con la dinastía de una familia extranjera, aunque tal dinastía estuviera basada en el lógico desarrollo de los acontecimientos.

Para restablecer el orden, hubo de recurrir á la fuerza, á las súplicas y á concesiones, como la de los repartimientos, que no hacían sino menoscabar su reputación y autoridad. El 18 de Octubre envió á España á un oficial encargado de dar cuenta de los nuevos descubrimientos y de los desórdenes ocurridos, que aun no habían concluído definitivamente.

Entre tanto, en la Corte la tempestad se desencadenaba sobre la cabeza de Colón. La vocinglería de los descontentos; las insinuaciones de Rodríguez Fonseca al desconfiado Fernando; el desagrado de doña Isabel por la llegada de trescientos indios llevados para ser vendidos como esclavos, y las noticias de los desastres de la Colonia, determinaron, al fin, la ruína del navegante genovés.

Francisco Bovadilla, Comendador de Calatrava, fué investido con los títulos de Intendente de justicia y Gobernador general, para que arreglara los asuntos de la Colonia, para lo cual se le confirieron las más amplias facultades; y, al efecto, con dos carabelas arribó al puerto de Santo Domingo el 23



de Agosto del año 1500. Lleno de arrogancia, como es propio de los que ocupan una posición que no merecen, é interesado en hallar culpable al Almirante, lo redujo inmediatamente á prisión, lo mismo que á sus hermanos, sin otra fórmula de juicio que los apasionados informes de los intrigantes y revoltosos que lo rodearon, tan pronto como supieron las atribuciones que tenía.

Al instante, los falsos amigos de Colón se declararon en contra suya, y el populacho, desbordado, le mostró tal saña, que el grande hombre llegó á temer se le diera muerte ignominiosa. Así fué que tuvo una agradable sorpresa al saber que se le iba á conducir á España en un bajel mandado por Alonso de Villezo (ó Alfonso de Vallejo).

Habiendo querido este digno caballero quitarle los grillos con que se le embarcó, se opuso á ello, manifestando: que sus Majestades le habían escrito que se sometiera á las órdenes que Bovadilla le diera en su nombre, y como éste se los había puesto, los llevaría hasta que aquéllos dispusieran lo contrario. En consecuencia, aherrojado como un famoso criminal, atravesó el mismo Océano cuyas olas lo habían conducido al pináculo de la gloria. Más tarde dispuso que se le enterrara junto con sus grillos, como si quisiera conservar en la tumba un vivo recuerdo de lo que es capaz la ingratitud de los poderosos de la tierra.

Los ultrajes irrogados á Colón impresionaron profundamente al pueblo. Don Fernando y doña Isabel condenaron la conducta de Bovadilla y le dirigieron al Almirante una afectuosa carta, en la cual le manifestaban su pesar y lo invitaban á presentarse ante ellos tan pronto como le fuera posible.

En la audiencia real que se le dió en Granada, tanto él como doña Isabel no pudieron menos de desahogarse con el llanto; y, además de ser tratado

con especiales muestras de estimación, recibió la promesa de que se repararía la injusticia cometida. Al efecto, se principió por nombrar de Gobernador de la Colonia á don Nicolás de Obando, Comendador de Lares, juzgando que, para restablecer á Colón en el gobierno, era prudente esperar algún tiempo, á fin de que calmara la irritación de sus enemigos. Así quedó tranquilo y satisfecho, por entonces, el noble corazón del Genovés; pero aunque éste siguió disfrutando de la protección de la Reina, no consiguió que se le restituyera su título de Virrey, ni, por consiguiente, el gobierno de la Colonia.

## VI

Mientras esperaba Colón que se le reconocieran sus derechos, insistía en la idea de que se organizara una cruzada para libertar el Santo Sepulcro, y promovía una nueva expedición con el objeto de ir á las Indias por un camino más corto que el que había recorrido Vasco de Gama, doblando el cabo de Buena Esperanza.

Aceptado el último pensamiento, salió de Cádiz el 9 de Mayo de 1502, con cuatro buques de cincuenta á setenta toneladas á lo sumo, ciento cincuenta tripulantes, su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que apenas contaba trece años. Se despidió de las costas europeas lleno de confianza en que esa vez sí le daría la vuelta al mundo; pero tal gloria estaba reservada á Magallanes, y él debía sufrir grandes penalidades en la infructuosa tentativa de alcanzarla.

El 20 de Junio estuvo á la vista de la Española, y aunque tenía instrucciones de no desembarcar en ella, quiso hacerlo, para reparar las averías sufridas por una de sus débiles naves; pero el Gobernador Obando le negó la entrada al puerto, objetando que

su presencia podía ocasionar algunos desórdenes en la Colonia. "El mismo Job, exclama, hubiera muerto de desesperación al ver que, aun tratándose de mi salvación, de la de mi hijo, de la de mi hermano, de la de mis amigos, me vedaban la tierra y los puertos que yo, por la voluntad de Dios, gané á España, sudando sangre."

En cambio, le aconsejó al Gobernador que demorara la salida de una flota que partía para Europa, porque comprendía que amenazaba una próxima tempestad. Mas habiéndose desatendido su pronóstico, muy pronto un terrible huracán echó á pique la mayor parte de los buques, ocasionando la muerte de Bovadilla y de muchos otros de los enemigos del Almirante, y la pérdida de inmensas riquezas en oro y piedras preciosas; mientras que, por una excepción, que se ha estimado milagrosa, se salvó y llegó á su destino el bajel que llevaba los restos de la pequeña fortuna de Colón y sus hermanos.

La flotilla del Almirante, combatida á su turno por la tempestad, arribó al Jardín de la Reina; de allí hizo rumbo hacia el Sudeste y llegó al cabo de Honduras el 14 de Agosto; recorrió luego una larga extensión del litoral de tierra firme, que comprende la bahía de los Mosquitos, Nicaragua, Costa-Rica, Veragua, Panamá y el cabo Gracias á Dios; y, por último, después de reconocer la bahía del Almirante, entró al puerto del Retrete el 25 de Noviembre.

Además de la violenta y larga tempestad de la travesía, Colón estuvo tan gravemente enfermo, que muchas veces creyó que habían llegado sus últimos momentos, sin que en tales circunstancias hubiera otra cosa que lo aliviara de sus penas, que la presencia de ánimo de su hijo, juzgada por Colón como un acontecimiento providencial.

Reparadas las naves, que estaban roídas por el gusano, la expedición se embarcó nuevamente, y

hubo de sufrir una tempestad todavía más horrorosa que la anterior, y con referencia á la cual dice el Almirante:

“Nueve días anduve perdido sin esperanza de vida; ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia algún Cabo. Allí me detenía en aquella mar hecha sangre, hirviendo como caldera en gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como horno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y velas; venían con tanta furia espantables, que todos creíamos que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y nó para decir que llovía, salvo que reseguaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida, que deseaba la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos ya habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos y sin velas.”

Y, para mayor tormento, se le renovó entonces á Colón una llaga de que había sufrido anteriormente.

Después de algunos días de penosa navegación, la flotilla retrocedió hasta Veraguas y fondeó en la desembocadura del río Belén el 6 de Enero de 1503. Allí les llovió sin cesar hasta el 14 de Febrero, y el 24 de Enero estuvieron á pique de perder los buques, por una repentina creciente del río.

Una partida de setenta hombres que se internó el 6 de Febrero, halló ricas minas, distantes cinco leguas de la costa, y regresó con gran cantidad de oro, recogido en el espacio de cuatro horas solamente.

En tal virtud, el Almirante resolvió fundar una población que debía denominarse Trinidad de Belén y quedar gobernada por su hermano, mientras él

regresaba á España, como lo requerían el mal estado de su salud y la necesidad de hacer conocer, lo más pronto posible, sus nuevos descubrimientos.

Halagó con muchos obsequios al Quibián ó Cacique; pero habiendo sido luégo apresado éste alevosamente por don Bartolomé, so pretexto de que quería incendiar las casas y matar á los europeos, quedaron abiertas las hostilidades con los indígenas. El Quibián consiguió fugarse, y los miembros de su familia y servidumbre, que no lograron hacer lo mismo, prefirieron ahorcarse, antes que someterse á la esclavitud.

Una comisión enviada á traer sal y agua fué atacada y destruída por los naturales; los navíos estaban carcomidos por la broma; y Colón, que tenía una fuerte fiebre, había perdido toda esperanza de salvarse.

Entonces fué cuando habiéndose dormido, después de haber pedido en vano socorro á los cuatro vientos, tuvo el delirio ó éxtasis que puede estimarse como el resultado de un grande esfuerzo de aliento, y, al mismo tiempo, como el más sentido desahogo de un espíritu vigoroso, doblegado al fin por los desengaños y contrariedades de la vida. Refiere haber oído una voz muy piadosa que le decía:

“¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo Él más por Moisés ó por David su siervo? Desde que naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vió en edad de que Él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartiste á donde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos del mar Océano, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo del

más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate á Él y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene Él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ni Sara era moza. Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no los quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio que su intención no era y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza. Él va al pie de la letra: todo lo que Él promete cumple con acrecentamiento: ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha hecho por ti y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros. No temas, confía; todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.”

Después de que el Almirante se repuso, determinó verificar el regreso con todos sus compañeros, como que el reducido número de éstos y las hostilidades de los indígenas lo hicieran desistir de la idea de dejar establecida la Colonia de Belén. Y al efecto, invocando á la Santísima Trinidad, se embarcó la noche de Pascua, sirviéndose de tres navíos sumamente averiados, y de los cuales fué preciso abandonar uno en Puerto-Bello. “No me quedaron, dice, salvo dos en el estado de los otros, y sin barcas y bastimentos, por haber de pasar siete mil millas de mar y de agua, ó morir en la vía con hijo y hermano y tanta gente. Respondan ahora los que suelen tachar y reprender diciendo allá de en salvo: ¿Por qué no hacéis esto allí? Los quisiera yo en esta jornada. Yo bien creo que otra de otro sabor los aguarda. . . Llegué á trece de Mayo en la provincia de Mayo

que parte con aquella del Catay, y de allí partí para la Española.”

Se comprende lo mortificado que se sentía Colón con aquellos que, por orgullo ó malevolencia, sistemáticamente lo critican todo, sin tener conocimiento positivo de los hechos; y además se ve que continuaba en el error de creer que estaba en Asia, que es donde se encuentra la provincia de *Catay* de que habla Marco Polo.

En el tránsito sufrió un nuevo temporal en que perdió las anclas y las velas, y además, los buques hicieron agua en abundancia, por hallarse “horadados de gusanos más que un panal de abejas.”

A fines de Junio llegó á Jamaica, de donde se hizo nuevamente á la vela, en dirección á la Española; pero habiéndose anegado por completo la embarcación en que iba, estimó como un milagro haber podido regresar á la primera de estas islas.

Los indígenas le suministraron los víveres necesarios, sin que por eso dejara de ser su situación en extremo difícil y aflictiva: el mal estado de su salud aumentaba diariamente; los millares de salvajes de que estaba rodeado podían sacrificarlo de un momento á otro, sin más que abandonarlo á su propia suerte, y por último, carecía de medios de transporte, por haber tenido que desechar las carabelas como inútiles en absoluto. “Aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes, y llenos de crueldad y enemigos nuéstros, y tan apartado de los santos sacramentos de la santa Iglesia, que se olvidará de esta ánima, si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia.” Tales son sus palabras.

En esas circunstancias, Diego Méndez de Segura, Escribano mayor de la flota, y el oficial Fieschi, determinaron ir á la Española en busca de recursos,

embarcándose en una piragua, á pesar de los grandes peligros que habrían de arrostrar y de lo incierto que era el que sus generosos esfuerzos obtuvieran éxito feliz. Y en efecto partieron, llevando el primero la carta "rarísima" de Colón, para don Fernando y doña Isabel, en que hace un relato minucioso de su cuarto viaje, y que termina así:

"Yo no vine este viaje á navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto porque estaba la esperanza del todo en ella muerta. Yo vine á V. A. con sana intención y buen celo, y no miento. Suplico humildemente á V. A. que si á Dios place de me sacar de aquí, que haya por bien mi ida á Roma y otras romerías. Cuya vida y alto estado, la Santísima Trinidad guarde y acreciente. Fecha en las Indias y en la isla de Jamaica, á siete de Julio de mil quinientos y tres años."

Después de una penosa travesía, Méndez y Fieschi llegaron á la Española, en donde su noble conducta debía hacer notable contraste con la del Gobernador Obando; pues éste se abstuvo de dictar providencia alguna durante ocho meses, al cabo de los cuales mandó un buque á órdenes de Diego Escobar, enemigo personal de Colón; así fué que no quiso desembarcar en Jamaica, ni ponerse en comunicación con el Almirante; y luégo les dejó á los náufragos, por todo recurso, un cerdo y un barril de vino, y regresó sin admitir á ninguno de ellos á bordo.

Entre tanto, la situación del Almirante y de sus compañeros había empeorado de tal manera que, desesperados algunos de éstos, se sublevaron, atribuyendo á Colón la culpabilidad de no poderse trasladar la tripulación á la Española. En consecuencia, se lanzaron á su tienda, pidiendo á gritos que se les llevara á Castilla. El hermano y el hijo de Colón acuden á defenderlo en el lecho en que se hallaba



postrado por el sufrimiento; pero á la vista del anciano, los insurrectos se detienen y retroceden, sin que por eso se presten á escuchar sus reflexiones y consejos.

En seguida se apoderaron de varias canoas; robaron las viviendas de los indígenas; aprisionaron algunos de éstos, y se embarcaron, decididos á hacer todos los esfuerzos posibles para llegar á la Española; pero los vientos les fueron contrarios y los arrojaron nuevamente á las costas de Jamaica; y esto, después de que los Españoles habían aligerado las embarcaciones, arrojando al mar á los infelices que habían arrancado de su patria.

Desprestigiados los extranjeros por su desave-nencia y por las depredaciones de los insurrectos contra los naturales, y cansados éstos con la larga permanencia de aquéllos en su territorio, se hallaban los náufragos en gran peligro de quedarse sin auxilio alguno, cuando una circunstancia fortuita, astutamente explotada por Colón, vino á salvarlos de los horrores del hambre.

Habiendo previsto el Almirante un eclipse de luna, solicitó de los Caciques de la isla una entrevista, en la cual les manifestó: que, queriendo el Dios de los cristianos castigarlos por su falta de hospitalidad con los Españoles, los privaría por la noche de la luz de la luna. Al ver los indígenas que iba desapareciendo gradualmente el disco del astro, se arrojaron á los pies de Colón, suplicándole que aplacara la cólera de Dios, y ofreciéndole las riquezas que poseían. Aquél aparentó dejarse mover por las súplicas, y entró á su tienda, de donde no salió hasta pocos momentos antes de que principiara á declinar el fenómeno, y les anunció entonces que había conseguido aplacar á la Divinidad.

Agradecidos los Caciques por habérseles concedido continuar gozando de los rayos de la luna, y

atemorizados con el gran poder del Almirante, siguieron suministrándole religiosamente las provisiones que necesitaba.

Intentó después Colón atraer á los insurrectos, quienes, lejos de someterse, lo atacaron; pero habiendo sido vencidos, solicitaron y obtuvieron el perdón.

Al fin llegó una nave que Méndez y Fieschi habían conseguido fletar por cuenta del Almirante, y éste y sus compañeros se embarcaron el 24 de Junio de 1504, al cabo de un año de estar sufriendo grandes padecimientos en Jamaica.

El Gobernador Obando, que no quería contrariar abiertamente la opinión pública, los recibió con muestras de cariño; mas, habiendo hostilizado luego á Colón, éste fletó dos naves, y el 12 de Septiembre se despidió por última vez del Nuevo Mundo.

Las tempestades, que tanto lo persiguieron en su cuarto viaje, volvieron á combatirlo: su buque fué desmantelado; y el de su hermano, en que tuvo que seguir toda la tripulación, perdió el palo mayor el 19 de Octubre. Sin embargo, el 7 de Noviembre consiguió llegar al puerto de Sanlúcar.

En España se le preparaba un nuevo golpe: la muerte de su protectora la Reina Isabel, ocurrida el 26 del mismo mes.

Recibido friamente por el Rey, reclamó en vano sus derechos; y agobiado por las enfermedades y la tristeza, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, encomendando su cuerpo y su espíritu en manos del Señor.

Sus restos reposan en el mausoleo de la Habana, á donde fueron trasladados de Haití á fines del siglo XVIII.

Nuestra Patria tiene la honra de haber reparado en parte la injusticia de llamarse América el mundo de Colón; y al celebrar el 4º centenario del descubrimiento, deberá colocar en un suntuoso mo-

numento la estatua obsequiada á Colombia por la Emperatriz Eugenia, estatua que hoy está sobre un mezquino pedestal, en las playas que acaso presenciaron los mayores sufrimientos del grande hombre.

### ADVERTENCIA.

Conforme á lo dispuesto en el artículo 35 de la Constitución Nacional, el presente Tratado es propiedad del Autor, quien oportunamente llenará las formalidades prescritas por la ley 32, sobre propiedad literaria y artística, de 25 de Octubre de 1886.